

14 años

*Sergio I. Salazar-Vallejo**

He tratado de escribir venenos atemporales que muevan a la reflexión y, al mismo tiempo, reprimir mis angustias crónicas. Esto último con menos éxito; saben que soy reincidente. Quiero agradecer los respaldos principales que he disfrutado durante tres lustros. Mayo de 2003; luego de una muy intensa semana, dejamos nuestro laboratorio para cambiarnos al nuevo edificio.

Mayo de 1989. A pesar de las cartas de varias instituciones y de ser Investigador Nacional, no tenía trabajo. Como muchos colegas del INIREB, enfrentaba la disyuntiva de hallar una chamba y cambiar de vida, o seguir en el desempleo. La burocracia había cerrado el instituto a pesar de que no teníamos la menor eficiencia terminal en posgrado, no éramos los menos productivos, tampoco los más corruptos. Luego del golpe, a Monterrey con mis suegros; el respaldo de unos amigos cerca de Cardel nos dejó poner bajo techo nuestras cosas. Cartas y telefonemas iban y venían (no había emilios), pero sin oferta concreta. Tomé el autobús a Tepic y empecé un periplo por escuelas de Biología en ruta o en las que habían manifestado interés. De Tepic a Guadalajara, al DF, a Xalapa y al puerto; regreso a Xalapa para irme en raid a San Cristóbal. Objetivo? Reunirme con los Ecósfera, ex colegas de INIREB, pero se mantuvo un panorama sombrío.

Viaje en un 3-ton por la selva, con lluvia, a Villahermosa; encontré a Gabriel, un ex alumno. Hasta entonces, en donde había plazas no había interés, y en donde había interés, no había plazas. Otro tiro hasta Mérida para quedarme en casa de Minerva, otra ex alumna. La visita al CINVESTAV fue memorable; luego de hojear mis documentos curriculares (¿o ridículos?), me comentaron que de haber alguna plaza, ya tenían varios en lista de espera. Por Minerva, estuve en reuniones con el secretario de la universidad y con el director de la escuela; todas infructuosas. Una nota en el periódico y fuimos a una reunión sobre larvas de peces; por afortunada coincidencia, encontré a Lourdes, otra ex alumna, que trabajaba en CIQRO y me recomendó echar la vuelta a Chetumal para una entrevista.

Eloy Sosa me esperó y llevó al otro día a una entrevista. Encontré a Soledad Jiménez, una colega interesada en poliquetos; me dejó quedar en su casa y evitar el gasto del hotel. Unos pocos días después me entrevisté con Eduardo Suárez, entonces director del centro, y en menos de una semana ya tenía trabajo; la comprensión de Eduardo le hizo darme un adelanto de salario y aproveché para irme a Monterrey. Emilia preguntó si el pueblo era bonito; le dije que no lo había visto, ni lo vería. Era el único lugar en el que me ofrecían trabajo, a pesar de mis oprobiosos antecedentes. Lo acepté sin condiciones y con el mismo entusiasmo con el que cualquier desempleado abraza un empleo anhelado.

Unos meses después, el laboratorio de bentos. Pasamos en el mismo lugar casi 14 años; más de la mitad de mi vida académica en el mismo. Mis resultados no son para presumir, pero si tienen algo bueno, es por esa estabilidad laboral.

Muchas gracias a los colegas que ayudaron a terminar la mudanza en una semana: Aimée, Emilia, Mariana, Patricia, Alejandro, Blas, Rolando, Luis, Mario y Víctor. Apreciamos los afanes de Lourdes Vázquez, Soledad Jiménez, Eloy Sosa, Eduardo Suárez, Rogel Villanueva y Benjamín Morales, por los esfuerzos que desembocaron en un nuevo edificio; todo está conectado. Esperamos estar a la altura de las nuevas circunstancias. ~

* Sergio Salazar es investigador de ECOSUR Chetumal (salazar@ecosur-qroo.mx).